

terrumpir la lectura, las notas al pie solo aparecen en los casos más imprescindibles.

Al final del cuerpo de la antología, aparece un apéndice con una breve selección de modalidades poéticas más propiamente románticas, un fragmento de *El moro expósito*, un pasaje lírico de *Don Álvaro* y unas muestras de los *Romances históricos*, con el fin de que la imagen del autor proporcionada por estas páginas no resulte limitada. Además, el lector encontrará una amplia y útil cronología sobre el período histórico-social en que vivió y escribió el duque de Rivas, donde se detallan, casi año por año, desde su nacimiento en 1791 hasta su muerte en 1865, los hechos nacionales y europeos más importantes en el panorama histórico, político y cultural y en el panorama personal del autor. Finalmente, en las últimas páginas del volumen se ha incluido una sugerente bibliografía en la que aparecen las principales ediciones, antologías y estudios sobre la poesía del duque de Rivas y sobre estudios generales acerca del romanticismo.

No creo que sea esta una obra destinada exclusivamente a un público especializado; más bien al contrario, dados el lugar de edición y lo diáfano de su estilo, me parece que puede resultar interesante y accesible a cualquier lector interesado en conocer con cierta profundidad la obra de este autor y su época. De hecho, tal y como señala Pedro Ruiz Pérez, nos encontramos ante una figura que, gracias a su posición social, “vive intensamente todos los avatares ideológicos y políticos del período, pudiendo servir en toda su extensión como emblema del devenir histórico de la España de la primera mitad del siglo XIX” (30). Ángel de Saavedra no debe interesarnos, por tanto, solo como testimonio de una época, igual de importante me parece que, a través de la lectura de su obra lírica aquí editada, comprendamos, una vez más, que la historia literaria no es una historia de rupturas, sino de continuidades.

Teresa Choperena
Universidad de Navarra

INSAUSTI, Gabriel. *Tras las huellas de Huston: La jungla de asfalto*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias. 2004. 246 pp. (ISBN: 8484691276).

La editorial EIUNSA estrena su colección de monográficos de películas con un excelente estudio de Gabriel Insausti sobre *La jungla de asfalto* (1950), uno de los indiscutibles clásicos firmados por John Huston. Los lectores que conozcan la trayectoria del poeta y profesor guipuzcoano tal vez se sorprendan por su incursión en un proyecto de esta índole, pero no quedarán en absoluto decepcionados tras la lectura, pues Insausti se introduce con maestría en los estudios cinematográficos. Además de contar con una minuciosa documentación, abundan en estas casi 250 páginas los certeros juicios y comentarios personales, y en todo momento se adivina la pasión del escritor por la película de Huston: un cineasta que poseía un vasto conocimiento del arte pictórico, literario y, por descontado, cinematográfico. Sirva este apunte para mencionar que uno de los logros del trabajo radica en que Insausti

alumbra, con su extensa cultura, cómo el cine, vía *La jungla de asfalto*, es un arte capaz de hacer converger en dos horas de metraje a otras artes como la pintura, la música o, huelga decirlo, la literatura.

Insausti se interesa por un cineasta, Huston, cuya trayectoria vital –pendenciera, arrojada y excesiva– invita a compararla con la de Hemingway, con quien de hecho compartió amistad, cacerías y, es de suponer, botellas de whisky. La trayectoria profesional de Huston, dada a proyectos de las más diversas facturas (pero con los que solía sentirse personalmente comprometido), es mucho más inasible, hasta el punto de que habiendo un consenso crítico sobre su carácter de “autor”, y tal vez porque la gran mayoría de sus filmes son trabajos de adaptación, no es nada fácil discernir los rasgos de identidad que definen su obra cinematográfica. Y aquí es donde Insausti pone el punto de partida.

Después de repasar la trayectoria que Huston había llevado en las entrañas del Hollywood de los años treinta y cuarenta, Insausti esclarece los pasos que hicieron que el cineasta se decantara por la adaptación de *La jungla de asfalto*. Un proyecto suscitado por la novela homónima de W. R. Burnett, un escritor curtido en las *pulp magazines* al que Huston ya había tenido el placer de conocer y adaptar (*Ley y orden*, *El último refugio*) y al que admiraba tanto como a Hammett, Traven y al citado Hemingway: todos ellos escritores “duros”, acostumbrados a perfilar héroes de contornos severos y de palabra concisa y seca, y a escribir con un estilo realista y muy visual –descripciones plásticas, uso eficaz de la “elipsis”, renuncia a las demoras explicativas– que facilitaba la transición de sus historias al lenguaje cinematográfico: no en vano, si hay un género literario que ha nutrido por excelencia la voracidad de la industria cinematográfica, ése ha sido la novela negra.

Un género que, como es bien sabido, proyecta una imagen sombría y pesimista de la condición humana. No es excepción en este sentido la novela de gánsteres de Burnett, que desde su mismo título ofrece pistas –de las cuales Insausti tira con sagacidad– para interpretar la ciudad como una jungla, en la que las distintas especies –los distintos tipos de personas– luchan por sobrevivir: “Lejos de un ámbito confortable y seguro, la ciudad constituiría un hábitat del desamparo y la soledad; y la vida del hombre no se regiría según principios jurídicos ni preceptos morales, sino por la única ley de la lucha por la supervivencia” (p. 52). Huston, con la ayuda en la escritura del guión del faulkneriano Ben Maddow, creó una película personal y al mismo tiempo fiel al texto literario, al que imprimió algunos cambios oportunos, alguno de los cuales –como la supresión del regreso de Emmerich al matrimonio sugerido por Burnett– acentúan la oscuridad de la historia. Pero, como digo, esos cambios no afectan al respeto esencial profesado a la novela, lo que se aprecia perfectamente en la decisión de Huston de mantener una poética que subraya la importancia de los personajes, cuyos rasgos psicológicos prevalecen en importancia sobre el discurrir de los acontecimientos.

Esto explica que Insausti se demore al examinar la construcción de los personajes. El autor desgrana así la riqueza que poseen unos personajes contruidos sobre

perfiles típicos, como pueden ser el cerebral “doctor” centroeuropeo, el abogado corrupto, la rubia encandiladora (Insausti rompe aquí con el tópico de la misoginia que persigue a la película y al género) o, por supuesto, el “caballero” protagonista: un Dix (Sterling Hayden) que remeda a un Ulises fracturado por la experiencia de la guerra, que permanece alejado para siempre de un hogar perdido, y que encarna primordialmente el halo trágico de la fatalidad que se cierne sobre el desventurado grupo de ladrones. El exhaustivo análisis viene acompañado por un afinado estudio de las relaciones que se establecen entre ellos, caracterizadas por la abundancia de simetrías y contrastes. Las aportaciones de esta atenta lectura del guión quedan confirmadas con la descripción de una serie de elocuentes decisiones referidas a la puesta en escena. Esto permite conocer mejor a los personajes y a sus relaciones, pero también demostrar que Huston no era simplemente un cineasta “literario”, sino que también dominaba a la perfección la “escritura” en imágenes.

No tienen tampoco desperdicio los capítulos que Insausti dedica al reparto de intérpretes, a los aspectos temáticos que la historia pone en juego, a la siempre resbaladiza cuestión de los géneros, o a un epílogo que sirve para esclarecer en buena medida “el misterio Huston” al que me he referido con anterioridad. Por si no he conseguido despertar el interés de los lectores todavía, a continuación me limitaré a apuntar una idea que Insausti desarrolla por cada uno de esos capítulos: la acertada decisión de Huston de ir en contra de la glamorosa política “de estrellas” de la MGM (paradojas de la vida: esta película lanzó al estrellato a Marilyn Monroe, y reforzó notablemente la carrera de Hayden); también va contracorriente el pesimista alienato existencial que desprende el filme (con su retrato de una ética deshumanizada, donde las relaciones humanas son fundamentalmente instrumentales, y donde sólo la represión –policial– evita el desmoronamiento del orden social), que choca con un país que en 1950 se adormece por la plácida cultura del bienestar; en cuanto a la cuestión del género, además de recuperar la figura crepuscular del gángster, *La jungla de asfalto* se impregna de la estética irónica y desmitificadora del *film noir*, al tiempo que se consagra como una de las películas revitalizadoras del fértil subgénero del cine de atracos; y, por último, en cuanto al universo houstoniano, Insausti examina la distancia de sus héroes de los propios del cine clásico, y sostiene con brillantez la idea de que ellos, como el propio Huston o también Hemingway, encuentran el motor de su comportamiento en un vitalismo inmanente, en una sed de aventura que huye siempre del vacío pero que se aboca muchas veces al fracaso.

El lector encontrará sólidamente argumentadas éstas y muchas otras sugerentes ideas en un estudio que es un ejemplar monográfico y al mismo tiempo mucho más.

Pablo Echart
Universidad de Navarra